

Primero de mayo

Araceli Damián*

Es verdaderamente triste y preocupante que los levantados prianistas, (que ostentan, sin merecer, el título de legisladores), sean incapaces de reflexionar sobre las consecuencias reales de aprobar al vapor leyes que regirán el destino de nuestro país. Poco les importa recortar los beneficios históricamente logrados por los trabajadores (con reformas como la nueva ley del ISSSTE), y convertir a los luchadores sociales en “terroristas”.

Seguramente esos levantados (que sólo obedecen órdenes de Presidencia, Hacienda, grupos empresariales, etc.) desconocen que la conmemoración del Día Internacional del Trabajo fue instituida en memoria de luchadores sociales acusados de terroristas y que dieron su vida para que otros tuviéramos mejores condiciones laborales.

Su pecado fue haber participado en una serie de protestas como parte de la lucha por la jornada de ocho horas diarias, entre el 1º y 4 de mayo de 1886 en la ciudad de Chicago, Estados Unidos. Siendo una de las ciudades norteamericanas que padecía de las peores condiciones de trabajo, los obreros de la ciudad respondieron a la convocatoria que hiciese una de las organizaciones sindicales con mayor influencia en el movimiento laboral estadounidense. Todos los trabajadores de la ciudad estaban en huelga, excepto una fábrica que contrató “esquiroles.”

Los trabajadores organizaron mítines y protestas a las puertas de aquella fábrica, lo que desembocó en disturbios y represión policiaca. En la llamada Revuelta de *Haymarket* murieron a consecuencia de la represión un número indeterminado de obreros y un policía, este último a consecuencia de una explosión.

Mientras que la muerte de obreros quedó impune, ocho hombres fueron condenados a la horca por la del policía, uno de ellos fue el periodista que denunció públicamente la represión policiaca. Los reportes periodísticos de la época muestran que el juicio estuvo plagado de irregularidades. No obstante, los luchadores sociales se mantuvieron en pie y con dignidad hasta su muerte.

Este suceso fue tan emblemático y tan decisivo para la vida de millones de mujeres y hombres trabajadores que en 1889 el Congreso Obrero de la Segunda Internacional determinó que el 1º de mayo sería el Día Internacional del Trabajo en memoria de los Mártires de Chicago.

Tan justa fue su lucha que en la actualidad millones de trabajadores gozamos de la jornada de ocho horas. No obstante, debido a la insensibilidad, negligencia y corrupción de gobernantes y legisladores, diversas empresas continúan imponiendo hasta la fecha inhumanas jornadas laborales (muchas veces de hasta 16 horas diarias, en diversos países como China, México, Egipto) a una porción importante de trabajadores.

Este 1º de Mayo, en nuestro país, miles de trabajadores saldrán a las calles en repudio de la actual política laboral y económica. En esta ocasión el principal agravio reciente en su contra es la nueva ley del ISSSTE, cuyo diseño no resuelve los problemas que padece el actual sistema de seguridad social, y en cambio daña los derechos laborales, deteriora el sistema de atención a la salud y promueve la pauperización progresiva de pensionados.

La avalancha de amparos en contra de la nueva ley es tan sólo el preludio de las manifestaciones de repudio que veremos el día de mañana. Sindicatos independientes y trabajadores hartos de que sus derechos sean atropellados harán gala de su enojo y frustración.

Este gobierno no entiende que requiere una aproximación distinta a los problemas sociales. Nadie sabe hasta dónde llegará el descontento social y todo parece indicar que el gobierno federal supone que el Ejército le será fiel a él y no al pueblo mexicano. Atenco, Oaxaca, Zongolica, Pasta de Conchos, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, todos estos nombres representan conflictos sociales sin resolver. El gobierno federal ha preferido aliarse con los priístas y gobiernos locales corruptos para reprimir las organizaciones sociales. El colmo ha sido la triste cooptación de José Luis Soberanes, presidente de la Comisión de Derechos Humanos, en el caso de la anciana indígena Ernestina Ascencio, presuntamente violada y asesinada por elementos del Ejército.

Los líderes sindicales de las organizaciones charras han mostrado que sólo son fieles al poder, les da lo mismo sonreír a presidentes priístas que a panistas, siempre y cuando conserven sus privilegios. Los priianistas se niegan a legislar en materia sindical, prefieren contar con el apoyo de líderes charros a pesar de los costos en corrupción.

Si bien ello ha permitido que las estructuras corporativas sigan sirviendo para contener el descontento social, poco a poco han ido perdiendo poder. En 1995, después del “error de Diciembre” y ante el descontento social, el entonces presidente Ernesto Zedillo trasladó con sus huestes charras los “festejos” del día del trabajo al Teatro Ferrocarrilero. Felipe Calderón disfraza de “modernidad” su incapacidad y su miedo de dar la cara a los trabajadores, prefiere “hacer a un lado las conmemoraciones oficiales y cederlo a los trabajadores.” Seguramente, este 1º de mayo seremos testigos de cómo el gobierno federal y las organizaciones charras van perdiendo espacios de poder y de control.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx